

Mariano Picón-Salas.

PRESENCIA DE GOETHE

LA dilatada biografía de Goethe cruza esa frontera de la historia europea en que la Cultura se transforma en Civilización, el artesano en gran industria, y el alma del contemplador vacila entre el dorado crepúsculo declinante, y el día que tiembla y se acongoja como un hijo en las entrañas de la Noche. La fuerza de Goethe está en haber salvado esta oposición, este dualismo que arrastró consigo a otros grandes precursores o realizadores de la época nueva, a toda una atormentada familia de espíritus que comienza con Rousseau y sigue con Hölderlin, Heine y Nietzsche. Ahora mismo, hace pocos años, se extinguía en Rainer María Rilke el último gran poeta de Europa, el hombre entristecido, exquisito y sonámbulo en una época que como la nuestra ya no se hizo para la Poesía. La muerte de Rilke fué comentada por una docena de revistas europeas; la muerte de Goethe fué un suceso universal. Es que los valores históricos han cambiado, y ese mundo industrial, mecánico e implacable cuyo nacimiento ya advirtió Goethe, no iba a dejar en sus usinas torvas de humo, el pradito verde en que necesita jugar la Poesía.

Goethe, por lo menos, en el segundo período de su vida, conoció esta tragedia del intelectual, y el artista moderno, y alcanzó a salvarla con su robusta salud moral, dominando el paisaje contradictorio, desde esa perspectiva alta y clara que es la frente de un hombre de genio.

Podemos dividir así la vida de Goethe como el variado ciclo de historia que recorrieron sus ochenta y tres años, en una primera parte que es como un adagio de Mozart en uno de los últimos salones del Rococó, en el regazo plácido de esas pequeñas cortes alemanas del siglo XVIII. La Naturaleza se descubre como la eterna música que acompaña todo movimiento del alma. Rousseau ha acostumbrado al hombre europeo a las caminatas a pie y las meditaciones del paseante solitario. En los cuadros de Antonio Watteau hay siempre alguien que parte o un corro de muchachas que juega. La Arquitectura prefiere al amplio salón para la ceremonia y la parada del Barroco, el saloncito Rococó donde es grata toda conversación y se desliza con su paso galante, con ese trío exquisito del piano, el violín y la flauta, la música de cámara. De Inglaterra viene el jardín inglés con sus altas alamedas, con su perspectiva honda para el sueño y la meditación. Y los estudiantes de las Universidades alemanas han descubierto el mundo antiguo no con las reglas del clasicismo francés, sino con la contemplación directa de las obras, con un amor de juventud que los hace sentirse a sí mismos como apolíneos y alborozados griegos. El cuerpo humano, la forma de contorno, preciso, la serenidad en reposo del atleta, la gracia adolescente del Apolo Saucróctono, la cabeza pensativa del Hermes de Praxíteles, el juvenil dominio de las figuras de Lisipo, esa es la Antigüedad, la bella forma antigua, para estos hombres jóvenes del riente clasicismo alemán. Junto al deleite divino de la obra de arte Goethe en su juventud ha mirado la naturaleza: las antaño «alegres cascadas» como diría en su vejez comparando el tiempo que fué con el tiempo que venía, y el trabajo como se realizaba aún en Suiza y en Alemania antes de la turbia época industrial. Compárese esta descripción, de un telar suizo visto por Goethe en el siglo XVIII, con uno de

esos cuadros dantescos de las fábricas inglesas descritos por Dickens o Carlyle, cincuenta años más tarde:

La hiladora sentada delante de la rueca, da vueltas con la mano derecha al disco, haciendo con la otra movimientos amplios y hermosos. Mientras trabaja los muchachos cantan salmos, y también, aunque con menos frecuencia, canciones. En estos aposentos hallé un sentimiento de actividad, de vida, matizado de emoción familiar, doméstica y pacífica. Entre el movimiento de las ruecas y los husos veíase allá en el rincón a los viejos, charlando junto a la chimenea con sus vecinos y amigos. He aquí una paz doméstica fundada en la piedad, animada por el orden y el trabajo, no demasiado estrecha ni tampoco excesivamente amplia, en feliz relación con las capacidades y fuerzas de cada cual. En este ámbito, muévase un círculo de trabajadores en el más puro sentido de la palabra. Es un cuadro de limitación y actividad, de decencia y de moderación, de inocencia laboriosa.

Es, decimos, nosotros, el último cuadro dulce y crepuscular de una cultura que muere, mientras que del fondo de la tierra—como en el Fausto,—empiezan a surgir fuerzas demoníacas y avasalladoras. El hombre se lanza en esa última tarde del siglo XVIII en la desaforada exaltación de su persona y el individualismo, el romanticismo, el liberalismo, traen en su esencia todo el caos de la nueva época industrial. Se rompía una jerarquía y aun no empezaba a edificarse otra nueva. Era el sino histórico que a la decadente nobleza feudal la sucediera una burguesía empeñosa, una burguesía como la que pudo dar al espíritu europeo un consejero von Goethe, pero la burguesía triunfante incubaba el tremendo problema del proletariado industrial y arroja a sus nuevas víctimas la carta pálida, declamatoria e ineficaz de su abstracto, demasiado abstracto Liberalismo. Para un hombre inexistente, para uno de esos autómatas que se complacía en idear la Física recreativa del siglo XVIII, se construía un sistema irreal en que la Diosa Razón,

la vaga libertad de conciencia, demasiado altas y lejanas, no descendían a ese infierno angustioso de hambre, de instinto sexual, de servidumbre y fatiga, donde toda una humanidad gime. Ya en el «Wilhem Meister» esa primera novela de la mutación europea, del choque de dos generaciones, aparece uno de esos primeros liberales creados por el racionalismo del siglo XVIII. Es el yerno del viejo Meister que se desprende de su casa solariega, de todos los objetos historiados y exquisitos que le legó la época de la Cultura, para acaparar dinero, único valor tangible en el nuevo período de civilización.

No quiero capital muerto, exclama este personaje. Mi profesión de fe es hacer negocios, ganar dinero, sin preocuparme de nada ni de nadie.

El Primer Fausto participa también de las ideas de este tiempo individualista. Todos conocemos como el sabio Doctor, después de haber agotado los límites del conocimiento, destruído el cielo; superado las convenciones de la Cultura, no halla otra solución para este trágico problema del ser que el goce y la juventud. Desengañado de la Alquimia y la Teología, de los sulfurosos vapores de su Conciencia, el grave Doctor Fausto quiere gozar. Es, según la gráfica expresión de Taine, un orondo profesor universitario que va de juerga; piensa en sí mismo y se olvida de los demás. Un fragmento del Fausto fué presentado por Goethe en 1790, toda la primera parte apareció publicada en 1808. Pero la historia europea se acelera en el tiempo que sigue. Y a medida que se avanza en la época burguesa, el hombre de estado, el representante de la vida espiritual soñados por Goethe, son desplazados en el nuevo juego de valores por el capitalista. Es la época de Rothschild, de la gran banca semita, a que ya Goethe alude en una

de sus conversaciones con el Canciller de Muller. Goethe vive lo bastante para ver surgir en Francia la gorda monarquía de los banqueros de 1830, y leer los primeros folletos de Carlyle henchidos de profetismo donde parecen bullir los horrores de la nueva industria inglesa.

El desarrollo de la maquinaria me tortura y me angustia, había dicho uno de sus personajes. Avanza como una tormenta, lentamente; pero ya ha tomado una dirección y ha de llegar a alcanzarnos. Todavía perdura en vuestra mente el recuerdo de la alegre vida que habéis visto estos días, y de la cual os dió gran testimonio ayer la ataviada multitud que por todas partes se apretujaba. Pensad que poco a poco, todo esto ha de desaparecer y morir y que la llanura poblada y animada durante siglos, ha de volver a su primigenia soledad.

Pero no es solamente el paisaje que cambia, la Naturaleza que torna a la obscuridad de los días genésicos, el paralelo que ya Goethe advierte entre el primitivismo y la suma civilización, esa nueva morfología de la Historia de que él es también un precursor, sino el problema esencial del destino del hombre. En este nuevo ciclo de la experiencia goethiana el Segundo Fausto debe realizar la expiación del primero. La solución individualista no cabe ya en el mundo industrial que no pone límites a la ambición de capitalismo, y explota al obrero en nombre de la Libertad de Trabajo. Por eso el Segundo Fausto redimirá su vida de goces laborando por la Humanidad, cultivando los opimos campos donde las muchedumbres de mañana han de prosperar, en una Naturaleza ya pacífica como una amante domada. Así la idea socialista cierra en los últimos y titánicos versos del Segundo Fausto, toda esa etapa de agitada humanidad que en el poema nos condujo desde la jerárquica Edad Media pasando por el Renacimiento deslumbrador, hasta el reciente mundo industrial. La Naturaleza

en la morada de las «Madres» sigue agitando las entrañas de la Tierra, pero el esfuerzo humano se fija según Goethe, en esta batalla, en este dominio continuo sobre lo viviente. La vida es obra dijo Leibnitz y repitió Goethe. Y lo que él amaba más en el Arte era este esfuerzo sobre la forma, esta venturosa conquista plástica que le permitió presentar una fábula moderna como Hermann y Dorotea, con la serena gracia de un mármol griego. Sólo esta disciplina sobre el instinto, sólo un entrenamiento armonioso como el del atleta antiguo, puede lograr lo universal. Por eso Goethe salva sin alterarse el impetuoso mar del Romanticismo y del Individualismo disgregador. Ha visto morir o destruirse todos esos arcángeles malos como Byron, o esos abrasados serafines como Novalis, Hölderlin y Kleist que la sublimación romántica consumió en su propia llama. Todos ellos infringieron leyes naturales. Hicieron de la Naturaleza la amada etérea, inasible de Hölderlin, o la hetaira frenética de Byron. Entre el Empédocles de Hölderlin, espíritu del fuego, cuyas cenizas avienta el ardiente Vesubio y el Caín de Byron acosado por el fantasma lívido de sus remordimientos, oscila el destino trágico de toda una generación europea. Sólo Goethe opone a ese patetismo agotador de los comienzos del siglo XIX la salud de la forma clásica, del Clasicismo no como lo explican los Manuales de Literatura, ni como lo esquematizó el siglo XVIII, sino como surge de su paisaje meridional, cuando junto al Mar de Sicilia—según apunta Goethe,—la Odisea se le convirtió en palabra viva.

Nuestro espíritu occidental nutrido de lo pagano y lo cristiano, del Norte y del Mediodía, no ha podido conciliar este tremendo dualismo de alma y cuerpo, contenido y forma, cultura y naturaleza, que es el drama del primer Fausto. Junto al claro contorno y a

limitación griega, el occidental opone su trágico deseo de infinitud. En Goethe desembocan y se encauzan como en ningún hombre moderno, estas corrientes divergentes de la historia universal. El, acerca Fidias a Rembrandt. Ofrece a la desesperanza occidental, a nuestro contenido turbulento, la blanca hospedería acogedora de la forma clásica. Quiere ver el mundo con la pupila maravillada de esos hombres que en la Grecia naciente, en su jardín de islas, atisbaban el alba de la cultura humana. La Naturaleza es para él como para Heráclito de Efeso el eterno misterio fecundo; por eso en las Cosmogonías, la Tierra tiene siempre sexo y atributos de mujer. Lo natural, lo objetivo, es el secreto de Goethe en un momento en que el mundo estaba atacado de frenesí, y el individualismo discordante conducía a la humanidad europea a esta encrucijada doliente, en que la vemos hoy. Queda como en el Segundo Fausto, esa esperanza de redención, donde el hombre vuelve a integrarse en el esfuerzo de una humanidad solidaria.

Fausto e Ifigenia, lo moderno y lo antiguo, lo clásico y lo romántico, en la voluntad vital de Goethe todo se concilia. Por eso todavía el espíritu moderno acude a Weimar a pedirle al olímpico consejero, su mensaje de integradora unidad. ¿Salvaremos la Cultura, mantendremos sobre la discordia del mundo presente esa serena anfictionía de la inteligencia que en otros tiempos—el tiempo de Erasmo, el tiempo de Voltaire, creó para los temas esenciales un veredicto universal de conciencia? ¿O rota y sin brújula, separando la Técnica de la inteligencia que la creó, cerrados en nuestro egoísmo individualista, dominados todavía por el dinero diabólico que hoy acapara los bienes de la tierra en provecho de unos pocos, y nos impone su gran prensa, sus noticias, sus modas, su grosera mentalidad, la Tierra ha de tornar a las ti-

nieblas de una nueva barbarie? Esta es la pregunta angustiosa con que hace poco tiempo cerraba Oswald Spengler su último libro. «El hombre y la técnica». La experiencia de las civilizaciones que fueron puede servirnos de admonición y consejo. Sobre el hombre de otros períodos del mundo, el de hoy tiene una mayor experiencia histórica. Hace cincuenta años ya fijaba Jacobo Burckhardt en su libro sobre «Constantino el Grande», los síntomas que en el siglo IV de nuestra era produjeron el total agotamiento de la fuerza creadora del mundo antiguo. Fué un drama doloroso ver morir allí esa inteligencia helénico-romana a la que la humanidad de todos los siglos ha de deber los diálogos de Platón, los mármoles helenísticos, los pensamientos de Marco-Aurelio. En la época de Constantino todo retorna a la barbarie. Historiadores de la Economía y de los movimientos sociales de nuestro tiempo, han hallado en él más de un síntoma análogo al del período estudiado por Burckhardt. Estamos en la crisis más grande que recuerde la historia occidental. Tenemos por primera vez, desde el siglo XVIII, una duda, una amarga duda, sobre la eficacia de nuestra máquina. Hora es de pensar y enmendar el rumbo. Superamos a los contemporáneos de Constantino el Grande en cuanto podemos advertir y aprovechar su trágica lección. Desgraciadamente los hombres que ahora ocupan el primer plano en el gran anfiteatro del mundo, no son los representantes del poder espiritual soñado por Goethe; en la mayoría de los casos no son siquiera hombres de estado, son los banqueros, los capitalistas que no saben historias, o si la saben es para repetir como Luis XV y sus cortesanos, semejantes a ellos en su egoísmo, en su espantosa imposibilidad de cambio: ¡Après moi, le déluge!